Tom. II. Num. 31. —41— 12 de Noviembbe de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

MELONES Y MUGERES.

I.

—¿Quiere vd. que yo se lo escoja? me dijo don Basilio en el mercado de Murcia, viéndome atafagado y lleno de incertidumbre, á la manera de un hambriento colocado con todo su arrollador apetito entre las dos sopas de una mesa opípara, delante de una compañía de melones que acababa de hacer allí *en su lugar descanso*. Se vá vd. á chupar los dedos.—¿Con qué vd. lo entiende? le dije yo, sin figurarme que esta pregunta debia herir su amor propio, como heriria el de Hartzenbusch cualquiera que preguntase á este distinguido literato si entiende de dramas.—¿Si lo entiendo, ha dicho vd? ¡es original la pregunta! ¡me pregunta vd. si yo lo entiendo! ¡ahí es un grano de anis! Mi padre y mi madre son de Guardamar, mi abuelo y mi abuela eran de Guardamar tambien, y lo mismo mi bisabuelo y mi bisabuela paternos y maternos, y los que á ellos les engendraron y parieron, y los que engendraron y parieron á los que engendraron y parieron á ellos, y yo nací en Guardamar, y en Guardamar me bautizaron y me crié en Guardamar, de suerte que el conocimiento de los melones se puede decir hereditario en mi familia. ¡Y me pregunta vd. si yo lo entiendo!—No me habia tomado la molestia, le dije yo, de encaramarme por su árbol geneológico de vd. y tal vez haya dicho un disparate.—Si señor, lo ha dicho vd. muy garrafal. ¡Toma! ¡si entiendo de melones! (Estas últimas palabras las pronunció con un tono que revelaba perfectamente la compasion á que le movia mi ignorancia.) Vamos á ver, añadió. ¿Cuántos quiere V. llevarse?—Hombre, uno...—¡Uno! ¡qué miseria! dos al menos se ha de llevar vd. ¿Pues? si aunque se lleve vd. dos docenas no le ha de dejar vd. probar á su muger lo que se dice una pepita. ¡Si hasta la corteza se vá á comer vd! Y empezó á palpar un melon tras otro hasta haberles palpado todos. Se me figuraba un visurador de quintos ó un frenólogo examinando cabezas de varones ilustres.—¡Acabáramos! dije yo al recibir de sus manos un par de melones selectos.—¡Qué almibar se lleva vd!—¡Qué almibar me llevé yo! En efecto, llegué á mi casa; probé los melones, que creí eran la obra maestra de las meloneras de Guardamar, y se los dí enteritos á mi muger; mi muger los probó y se los dió enteritos á la criada; la criada los probó y se los dió enteritos al cochino, y el cochino, mas inteligente en la materia que mi criada, que mi muger, que yo y que el mismo don Basilio, ni siquiera los probó, no hizo mas que olfatearlos.

Al dia siguiente, don Basilio me hizo muy de mañana una visita, con el solo objeto de recibir los elogios que su feliz eleccion debia haberle grangeado. ¿Qué tal le han parecido á vd. los melones? me dijo.—¡Oh! ¡escelentes! le respondí, y él no comprendiendo la ironía,—¿pues? ¿no se lo dije á vd? prosiguió, ¿meloncitos á mí? Mi padre y mi madre son de Guardamar...(Interrumpíle con viveza; temiendo que me obligase á hacer de nuevo un viaje geneológico.)—Pues señor, los melones eran detestables.—¡Detestables! ¿qué está vd. diciendo? no... ¡vd. se chancea!—No señor, hablo con toda formalidad.—No puede ser, le digo á vd. que no puede ser.—Le digo á vd. que eran un par de solemnes calabazas, y en el corral les encontrará vd. faltando de ellos menos de lo que á nosotros nos queda de Constitucion.

Como fundaba toda su vanidad en su craneologia melónica ó digamos en su melonología, qui-

se atribuir á malicia su ignorancia, aunque debiese indisponerse conmigo muy seriamente.—Con qué, me dijo, eran malos... ¿eh? Demasiado lo sabia yo; quise divertirme y darle á vd. un chasco... (Esta mentira reclamaba otra).—Pues señor, le dije, el chasco se lo llevó vd.; los melones eran escelentes.—¡Toma! lo que dije antes; como que yo los escogi...—Pues señor, repliqué, sepa vd. que eran muy malos.—¿En qué quedamos? replicó él casi mareado; ¿eran malos ó eran buenos? —¿En qué quedamos? repuse yo, quiso vd. escojerlos buenos ó malos?—¿Buenos?—Pues entonces eran malos.—¿Malos?—Pues entonces eran buenos.—Así, dijo amostazado, nunca sacarémos en limpio lo que han sido.—Así, le contesté yo, nunca sacarémos en limpio lo que vd. ha querido que fuesen.» Era cosa de no acabar, y don Basilio se fué. Nos habiamos constituido en la misma oposicion sistemática que Príncipe y Villergas, que Zorrilla y Ayguals.

Lo mismo y aun mas que de los melones puede decirse de las mugeres. Un calavera hace cocos á una pisaverde de ojos negros é insinuantes que devoran á cuantos pasan por la calle con sombrero. Cansado ya de hacer calaveradas, el calavera echa el resto y se despide de ellas con la mayor que puede hacerse. Se casa á salga lo que saliere con la de los ojos negros, sin examinar ningun antecedente, ni derivar ninguna consecuencia. Tenia otras cien muchachas á su disposicion pero toma aquella á bulto, como yo hago con los melones si no encuentro á don Basilio, y todas las gentes de tertulia le auguran un porvenir desastroso. Se engañan de medio á medio. El tronera sin pensarlo ha unido su suerte á la de un ángel, que tiene un corazon bellísimo y que solo piensa en labrar la felicidad de su esposo.

Al contrario, un filósofo, uno de esos hombres sistemáticos que andan, como suele decirse, con pies de plomo hasta por el piso de su alcoba, que suben y bajan las escaleras sentando las dos plantas en cada escalon y sin soltar jamás la barandilla; que se acuestan siempre á la misma hora y siempre á la misma hora se levantan, que no beben ni comen sin haberse dado antes de todo esto la razon de ciencia, y que examinan un tratado de higiene antes de quitarse y ponerse la levita; uno de esos hombres reloges, que todo lo hacen con puntualidad y tiento, meditacion y parsimonia; desconfia de todas las mugeres de las ciudades, y se va á Sierra-Morena donde, segun sus cálculos de toda la vida, ha de encontrar á la elegida de su corazon, á la casta paloma, á la doncella que le conviene. La ruborosa vírgen que nunca habia visto un filósofo, toma el trage por la persona, y al divisar á nuestro héroe, huye de él á cien pasos de distancia, sin duda porque vestido como está, le considera un animal de distinta especie que la humana ó cuando menos de distinta raza que los habitantes de Sierra-Morena. Tambien puede ser que siga en esto la costumbre de todas las demas mugeres, que tienen miedo á los hombres..... desde lejos. Esta fuga, esta incontestable prueba de modestia y castidad ha hecho concebir al filósofo las esperanzas mas lisonjeras y se presenta muy cercano el suspirado término de sus escursiones matrimoniales. La purísima niña se fortifica en un casucho, donde entra, sin necesidad de bombardear, el denodado pretendiente despues de una gloriosa resistencia, que le oponen dos anárquicos mastines simultáneamente pronunciados como un solo hombre, quienes capitulan, ó por mejor decir, suspenden sus hostilidades, luego que se presenta el gefe de la plaza en ademan de recibir un parlamento. Sabido es que los parlamentos son siempre respetados. El gefe de la plaza es una cosa algo parecida á un hombre de mediana edad, con una barba recia, impermeable al jabon y que podria serrarse ó al menos afeitarse con una podadera; sus facciones tienen algo de comun con las de los mastines pronunciados, de suerte que solo al verlas parece que se les oye ladrar; y quizás no seria fácil resolver si aquel hombre es un mastin perfeccionado ó si son aquellos mastines unos hombres degenerados. El gefe en persona introduce el parlamento, este saluda con cortesía al llegar á la fortaleza á un segundo personage que viene á ser el segundo cabo de la plaza, y cuyo sexo no determinaria fácilmente nuestro filósofo á no habérsele dicho de antemano que aquella cosa vieja era la muger del gefe. Con todo, necesidad tuvo el recien llegado de un particular estudio para no confundir los artículos gramaticales. Dió una mirada alrededor y no vió á su futura; no vió mas que un par de ruecas arrimadas á la pared como los fusiles al armero de un cuerpo de guardia, medianamente provistas de cáñamo, y no parecia sino que la vieja habia colgado de ellas dos ejemplares de su peluca. A primera vista la vieja y las dos ruecas se miraban como cantidades homogéneas y daban tres ruecas por total.

El filósofo despues de un corto preambulo entró en materia, reveló sus castas pretensiones y pudo vanagloriarse muy pronto de los mágicos efectos de su elocuencia, pues vió, á medida que iba desentrañando la cuestion, dulcificarse las fisonomías salvages de sus oyentes, que le escuchaban con la boca abierta. Hasta los mastines al parecer habian perdido su natural feroz, y besándole las manos y acariciándole con la cola manifestaron arrepentir-

se de su conducta hostil anterior. Aquellos halagos caninos en idioma humano solo podrian traducirse con un acto de contricion. Las palabras del alado Olózaga, ó sea del ángel embajador, que reveló á los pastores la venida del Mesias, no tuvieron mejor acogida que las de mi filósofo. La vieja sobre todo estaba loca de alegria y llamó á su hija que permanecia acurrucada, escuchándolo todo, tras una cuna en que, segun apariencia, debia en ella haberse mecido Abel, y la obligó á abandonar la última barricada en que la habia parapetado la cortedad de su genio. Prescindamos de las cualidades físicas de la niña y pasemos por alto los sentimientos de vergüenza que paralizaron hasta la accion de sus pulmones al verse arrastrada delante del filósofo. Basta saber que el filósofo y la niña se casaron, que dieron su último adios á Sierra-Morena, que él por espacio de dos meses obligó á su cara mitad á tomar diariamente un baño de limpieza, y que cuando la inmaculada vírgen se hubo desprendido de las infinitas capas de mugre que ponian su cuerpo en incomunicacion hasta con la atmósfera, que ni la hubieran dejado sentir la picadura de una abispa, que duplicaban su peso y su volúmen de modo que parecia que aquella muger, hasta entonces, habia crecido como los minerales por *justa-posicion*; cuando aquella tortuga quedó despojada de su concha, cuando ya no se podia arar en aquella cara en que poco tiempo antes se hubiera podido sembrar maiz, en una palabra, cuando dos meses de baños generales habian provocado una solucion de contigüidad entre el cútis de la recien casada y la armadura fosil que la cubria enteramente, se levantó entre los dos esposos una causa de fulminante divorcio. ¡Oh decepcion cruel! Nuestro filósofo sorprendió *in fraganti* á la exvírgen de Sierra-Morena embebida en amorosas pláticas con su propio criado, apesar de las sábias precauciones que tomó de antemano para no añadir un nuevo guarismo al número de los *predestinados*. ¡Su propio criado! ¡quién lo habia de decir! Era mas feo que una pulga mirada con un microscopio solar, y habia sido donado de un convento... ¡Desengaño tardío! Hasta entonces no conoció el filósofo que cuando todas las precauciones son pocas, lo mejor es no tomar ninguna.

Estos hechos positivos que acabo de sujetar á la meditacion del público, son el tipo de otros muchos análogos de que todos los casados y aficionados á melones, que mas presumen de entendidos, se habran dado cuenta mas de una vez. ¡Qué petardos se lleva uno con los melones y con las mugeres! Con respecto á los primeros he individualizado un suceso en el cual yo mismo figuro como víctima; otro tanto haré tambien con respecto á las mugeres, pero no será en este número, porque me he estendido demasiado y perjudicaria mucho al Sr. Ayguals invadiendo con mis sandeces un terreno en que siembran sus gracias los Bretones, los Villergas y otros célebres literatos.

A. Ribot y Fontseré.

LA POETISA EN UN PUEBLO.

¡Ya viene.....! ¡Mirala!—¿Quién?
—Esa que saca las coplas.
—¡Jesus, qué muger tan rara!
—Tiene los ojos de loca.
—Diga vd., D. Marcelino,
será verdad que ella sola
hace versos sin maestro?
—¡Qué locura! no señora;
anoche nos convencimos
de que es mentira, en la boda.
Si tiene esa habilidad
¿por qué no le hizo á la novia,
siendo tan amiga suya,
décimas ó alguna cosa?
Una décima, es preciso,
dije, el novio está empeñado.
—Ustedes se han engañado,
me respondió, no improviso.
—Siendo la novia su amiga,
vamos no ha de hacerla usté!
—¡Pero por Dios, si no sé!
¿No basta que yo lo diga?—
La volvimos á rogar,
se levantó hecha una pólvora
y en fin de que vió el empeño
se fué huyendo de la boda.
Esos versos los compone
otra cualquiera persona,
y ella luego por lucirse
sin duda se los apropia.
—Por que digan que es romántica.
—¡Qué muger tan mentirosa!
—Dicen que siempre está echando
relaciones ella sola.
—Se enseñará á comedianta.
—¡Ya se ha sentado... la mona!
Mas valia que aprendiera
á barrer, que á decir coplas!
—Vamos á echarla de aquí?
—¿Cómo?—Riéndonos todas.
Dile á Paula que se ria.
—Y tú á Isabel.—Y tú á Antonia.

Ja... ja... ja... ja... ja... ja... ja...
—¡Mas fuerte que no lo nota!
Ja... ja... ja... ja... ja... ja... ja...
Ya mira, ya se incomoda,
—Ya se levanta y se vá!
—Vaya con Dios la gran loca!

CAROLINA CORONADO.

EL POETA EN MADRID.

Apreciable Carolina:
ten compasion y perdona
si el adjetivo te enfada,
si mi franqueza te enoja.
Esto de llamar de tú
al mismo Dios en persona,
es privilejio que tienen
los versos sobre la prosa.
Y el *apreciable* es vianda
que prodigar se me antoja
si hablo con ellos á pocos,
si hablo con ellas á todas.
Tanto me agradan tus versos
aunque tú les llames coplas,
que te contesto plagiando
hasta el asonante en *oa*.
Esto no quita el que luego
como falto de memoria
y sin tener á Rengijo
que en la escasez me socorra;
Rima y medida variando
mi lira sus trabas rompa
en intolerables décimas
ó en seguidillas ramplonas.
Te quejas, triste, te quejas
de si hablas, pasar por loca,
y por tonta sino chistas,
dichosa de tí, dichosa!
Con un buen canto en los dientes
diérame yo cada hora
por vivir oscurecido
en la mas desierta choza.
No hay enfermedad, no hay trance,
no hay suplicio, no hay congoja
como el vivir en la córte
de la nacion española.
Aquí Carolina van
al reves todas las cosas,
los enemigos convienen
y los amigos estorban.
Si alguna vez por tu mal
á ver á Madrid te arrojas
en cuanto tengas amigos
te marcharás viento en popa.
«Quien te conozca te compre»
dice el refran, y esto es broma;
primero te ha de vender
quien primero te conozca.
Si publicas algun libro
tú verás, si es que lo ignoras,
que el que es amigo le pide
y el enemigo le compra.
Aunque sepan que no cubres
los gastos que te ocasionas,
cual una deuda te exijen
ejemplares de tus obras.
En no dar mil ejemplares
te dirán que eres roñosa,
y no lo es el que no suelta
un real ó dos de la bolsa.
Regalas para acallar
las lenguas murmuradoras,
y te dirán que es *primada*,
y te tratarán de tonta.
Y así procura enemigos
si quieres gastar carroza,
que los amigos acá
ni dejan dinero ni honra.
Yo Carolina estoy frito,
vivo en constante zozobra,
víctima de la amistad
de mas de cuatro personas.
El uno que es periodista
siempre tras de mí: ¡qué mosca!
—Hombre, dame un folletin.
—Si no puedo ¡es mucha droga!
—Una silva al ministerio,
un romance, cualquier cosa:
eso lo enjaretas tú
como quien bebe una copa.—
Creen que de prosa y de versos
es un manantial mi cholla
que aunque corra á veinte caños
ni se cansa ni se agota.
Y cada cual su negocio
pretende hacer á mi costa,
sin recordar una vez
que tengo estómago y boca.
¿Me acosa un dolor de muelas
ó está con la uncion mi novia?
De seguro viene el músico
por una cancion jocosa.
O al revés, ¿estoy de albricias?
¿quiero dar cuatro cabriolas?
me encargan un epitáfio
para una fúnebre losa.
Otro que tiene un chiquill

me pide con mucha sorna
que haga para los exámenes
á la virtud una oda.
Algun rendido cupido
quiere una carta amorosa,
vence á la dama mi númen
y otro sus encantos goza.
Villergas que hace el billete
para nada se le nombra,
y el otro, triste copiante
se firma: Felipe-Lotas.
Don Fulano vá á un banquete
y me encomienda una glosa
que encomian los caballeros
y celebran las hermosas.
Y despues un convidado
viene á decir que me esconda
pues tengo un competidor
que ha oscurecido mis glorias.
¿Y qué diré de los pelmas
que sin cesar me sofocan
para que lea y corrija
desde el principio á la cola?
—¡Señor que no tengo tiempo!
— Cá, si la comedia es corta:
no tiene mas que cinco actos
el que menos de cien hojas...
. . . . . .
Te aseguro, Carolina,
que esta vida me encocora
y estoy vivir anhelando
en la aldea mas remota.
Con que, si quieres cambiar,
Carolina, desde ahora,
toma tú la diligencia,
que yo cojeré la posta.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

EFECTOS DE LOS RETRATOS

Escritores de la RISA,
pensé ver vuestros retratos
con la alegria en los ojos,
con la sonrisa en los labios.
Y por mi fé os aseguro
y os juro por lo mas santo,
que de vuestra seriedad
me maravillo y me pasmo.
Que Ayguals en versos sublimes
os llame graves, no estraño;
pero que os trate de feos
on su perdon, no lo paso.
He visto ciertas doncellas,
que aunque doncellas las llamo,
ni con el dicho lo afirmo
ni con dudar las agravio.
En todas vuestras facciones
largo tiempo repararon
y hasta en peinar los cabellos
hallaron gracia y encanto.
Una elejia á Zorrilla
por rostro de enamorado:
bien puede ser que la zorra
las atrapára callando.
El descaro de Villergas
con los pelos encrespados
¡habla al alma! dicen otras,
y le rinden sus sufragios.
De la robustez de Ayguals
unánimes se prendaron
viéndole de medio arriba...
¿qué fuera de medio abajo?
El apellido Lafuente
en fray Gerundio ha trocado.
¿Quién fuera monja esclamaban
dónde este sea vicario?

—

¿Por qué de vuestra figura
estais murmurando tanto?
¿De qué la hermosura sirve
corporal en el Parnaso?
Cervantes fué cejijunto
y cojo Torcuato Tasso,
hinchado pintan á Tirso
y á Calderon muy chupado.
Quevedo corto de vista
con las narices de á palmo,
y por escepcion de regla,
fué buen mozo Garcilaso.
Tambien tuvo gran nariz
Eneas, y acribillado
le dejó un fisico griego
por andar en malos pasos.
Y estos y sin ser mas lindos
Virgilio, Homero y Horacio
del bello sexo obtuvieron
singulares agasajos.
Mejor suerte os ha cabido
en no ser cojos ni chatos,
ya que contra el mal humor
sois tan esquisito bálsamo.
El hombre que de lindezas
esternas solo es dotado,
de un lindo rocin es copia,
no me ocurre mas... y callo.

CRISTOBAL DE LA OYUELA BUSTAMANTE.

Mi abuelita.

Yo no sé por qué razon
ó que costumbre tan rara,
una abuela que yo tuve,
que era una abuela muy santa,
Gruñendo y refunfuñando
sacando su enorme caja
á cada instante decia:
buena va, Isabel, la danza.
Mas es el caso, lectores,
que sin saber yo la causa,
repito mas de una vez
eso del baile ó la danza.
Por ejemplo voy al Prado
y entre lindísimas damas,
jóvenes, agraciaditas,
que al hombre de quicio sacan;
Veo una vieja coqueta
con gran tren, con mucha gala,
con enormes perifollos,
casi del todo escotada:
Rodeada de galanes,
altiva, orgullosa, ufana,
y esclamo sin contenerme:
Isabel, va bien la danza.
Voy á un baile, no de lujo,
tertulia de confianza,
de esas de velas de sebo
porque las pagas van malas;
En que no reina etiqueta
que es para mí yerba amarga,
en que me rio, estornudo,
y estiro ó saco la pata;
Y al jugar juegos de prendas,
y ver que nadie repara,
y al mirar los mozalvetes
cuan entretenidos charlan
Con la niña de su lado,
que no es un saco de paja,
esclamo allá en mis adentros:
Isabel, va bien la danza.
Me voy á misa, (es muy justo
porque la iglesia lo manda)
y al llegar allá á la puerta
la encuentro toda ocupada
Por melenosos donceles
de buen frac, camisa blanca,
con sus guantes amarillos,
buen pantalon, gran corbat
Muy atentos, muy galanes,
obsequiosos con las damas,
dando el agua á las *mamás*
lanzando tiernas miradas
Hácia el esbelto pimpollo
que á un lado las acompaña,
y entonces no puedo menos
de decir: *va bien la danza.*
¿Pues y al mirar á mi izquierda,
si está la misa empezada,
á *D. Pancracio Garduña*
que conociera al rey Wamba,
Muy *cuco* con su peluca
que es rubia si no me engañan
mis ojos cuatro, que dos
solo los peleles gastan,
Y le veo muy atento
mirar una hermosa dama
gallarda cual la palmera
de donde nacen las palmas,
En vez de rogar á Dios
por su vida y por su alma?
entonces si que corriendo
esclamo: *va bien la danza.*
Y si me voy al congreso
en quien la nacion hispana
cifra toda su ventura
y sus gratas esperanzas?
Al mirar los diputados
cuan entretenidos charlan
entre sí sin hacer caso
del que lleva la palabra.
Al reparar cual aprueban
porque *Z* lo aprobara;
al mirar que se desecha
porque *C* no se levanta,
Vuelvo á mi tema corriendo,
á mi frase acostumbrada
y esclamo sin meditarlo:
Isabel, va bien la danza.

Y si voy á algun colejio
ó á lo que por burla llaman
la universidad centra ,
primera de las Españas,
Y miro CIERTOS doctores
esplicar con mucha calma
cosas que nunca entendieron
por ser muy duras sus calvas?
¿Y si leo la *Gaceta*
y miro en su primer plana
hecho de pronto intendente
un hombre que nada alcanza,
O miro ya general
un otro, que por su *charla*
tan solo se ha distinguido,
y que jamás hizo nada?
Aburrido en sumo grado,
¿y á quién no aburre tal farsa?
tiro indignado el papel
y reniego de la danza.
Y no quiero continuar ,
porque si yo continuára ,
todos á coro digeran
ISABEL VA BIEN LA DANZA.

CARLOS MASSA.

GLOSA.

—

Estaba Napoleon
con S. José de bracero,
y se le cayó el braguero
porque se rompió un boton.

—

En la toma de Granada
un príncipe aragonés
dió tan soberbio revés
con el filo de su espada,
que la morisca asombrada
huyó toda en dispersion.
En esto anunció Sanson
con el semblante alterado,
que en la taberna de al lado
estaba Napoleon.

Cuando D. Pedro el Cruel
á la vista de Tolon
juró la constitucion
con el gran Roberto Pél,
le apellidaron infiel,
traidor y mal caballero,
mas él cojió su sombrero
y como buen español
tomó por la ronda el sol
con S. José de bracero.

Le nombraron intendente
á Robespier, de Madrid,
por quedar cesante el Cid
que lo fué interinamente;
pero, amigo, de repente
le salió en el pié un uñero:
que venga, dijo, un barbero,
pero viendo que tardaba
se fué á ver si le encontraba
y se le cayó el braguero.

Salieron á pasear
Ciceron y Calomarde
hablando toda la tarde
por las orillas del mar.
Era el caso averiguar
de qué murió S. Simon,
si de parto ó sarampion,
y al cabo dicron por cierto
que este santo habia muerto
porque se rompió un boton.

RAMON GARCIA LUNA.

EPIGRAMAS.

—

Encargó una tempestad
cierto banquero á un pintor,
y dijo el rico señor
con mucha formalidad:
Mil duros daré lo menos
si está pintada á lo vivo;
pero es que... no la recibo
como no se oigan los truenos.

—

A la bella Marcelina,
que era sorda como un cesto,
un confesor indijesto
preguntaba la doctrina
y dijo: ¿cuál es el *sesto*?
Ella creyendo escuchar
¿quién es Dios Omnipotente?
respondió sin vacilar:
«la cosa mas escelente
que se puede imaginar.»

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

AMBIGÚ.

Coscorrones de caldo.

A la vaca picada muy menudamente se le añade un cuarto de carne de salchichas, algunas patatas cocidas al humo y bien espachurradas, una migaja de pan mojado en leche y yerbas finas: de todo esto se hará una pasta, con la cual se forman albondiguillas, que se envuelven con raspaduras de pan, luego se echan á freir ó se cuecen en una cazuela con manteca, se sacan y se sirven con una salsa picante.

Coscorrones de paladar de buey.

Se corta el paladar ya cocido en porciones pequeñas, se echan en una salsa blanca á fin de que quede mas consistente, se retiran y se rebozan en miga de pan para echarlas en una mezcla de huevos batidos como para tortilla: se polvorean muy bien con raspaduras de pan, y se las hace freir.

Chuletas á lo paisano.

Despues de haberlas perdigado en una cazuela con un trozo de manteca fresca, se cubren al fuego, y se dejan cocer lentamente despues de sazonadas regularmente. Ya que esten cocidas, se sacan, se desengrasa la sustancia helada, la cual se desprende con un poco de caldo, y se pasa en seguida este por el tamiz.

Chuletas tostadas.

Despues de haberlas aplanado se las echa en adobo con aceite, sal, un manojo de peregil, una ó dos hojas de laurel, y una cebolla cortada en ruedas. Al cabo de veinte y cuatro horas se ponen en una parrilla á un fuego vivo, y se les da vuelta para retirarlas cuando esten á punto, y servirlas con sustancia ó con una salsa picante, echando con ellas pepinillos picados.

Chuletas con vino.

Se ponen al fuego con un vaso de vino de Madera ó de Málaga y otro tanto de caldo, y cuando esten ya en sazon se pasará este líquido por tamiz, y se les echa encima.

Trozo de vaca asado.

Despues de echarlo en adobo y mecharlo con tocino, se pone en el asador y se sirve lo mismo que el cuarto trasero, con patatas fritas ó con una salsa picante en una salsera. Es mucho mejor y tiene mayor delicadeza, cuando en vez de mecharla, se pone en una cazuela con tocino para despues asarla.

PUBLICACIONES NUEVAS.

ESPARTERO. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos. Ha salido la primera entrega con varios grabados, uno de ellos representa la casa donde nació Espartero, y la vista de Granátula en litografía. Salen tres entregas al mes al precio de: en *Madrid*, 8 rs. al mes y 20 por trimestre, y en las provincias 10 y 24 rs.

LA CARCAJADA. Enciclopedia de gracias, sales, chistes, donaires y ocurrencias de los mas célebres escritores antiguos con preciosas caricaturas. El primer número contiene una oda á *La pulga* de Lope de Vega: otra *A una dama que dejó al autor por un tuerto* de Juan de Valdes; unas décimas de Gerardo Lobo, un soneto de Quevedo; otro de un anónimo; una silva *A una vieja que dijo tenia dentera de comer limon*; una letrilla de Diego Hurtado de Mendoza y un soneto de Pellicer. Se publican dos entregas al mes á 10 rs. por trimestre tanto en Madrid como en las provincias; los que adelanten dos trimestres, obtendrán *gratis* el retrato en litografía de Quevedo que se repartirá mas adelante.

NOTA. Las primeras entregas de estas dos obras estan de manifiesto en todos los puntos de suscricion.

MADRID.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA